

CARLOS MENDOZA



EL GRITO  
DE

INDEPENDENCIA








EL GRITO

DE

INDEPENDENCIA




1



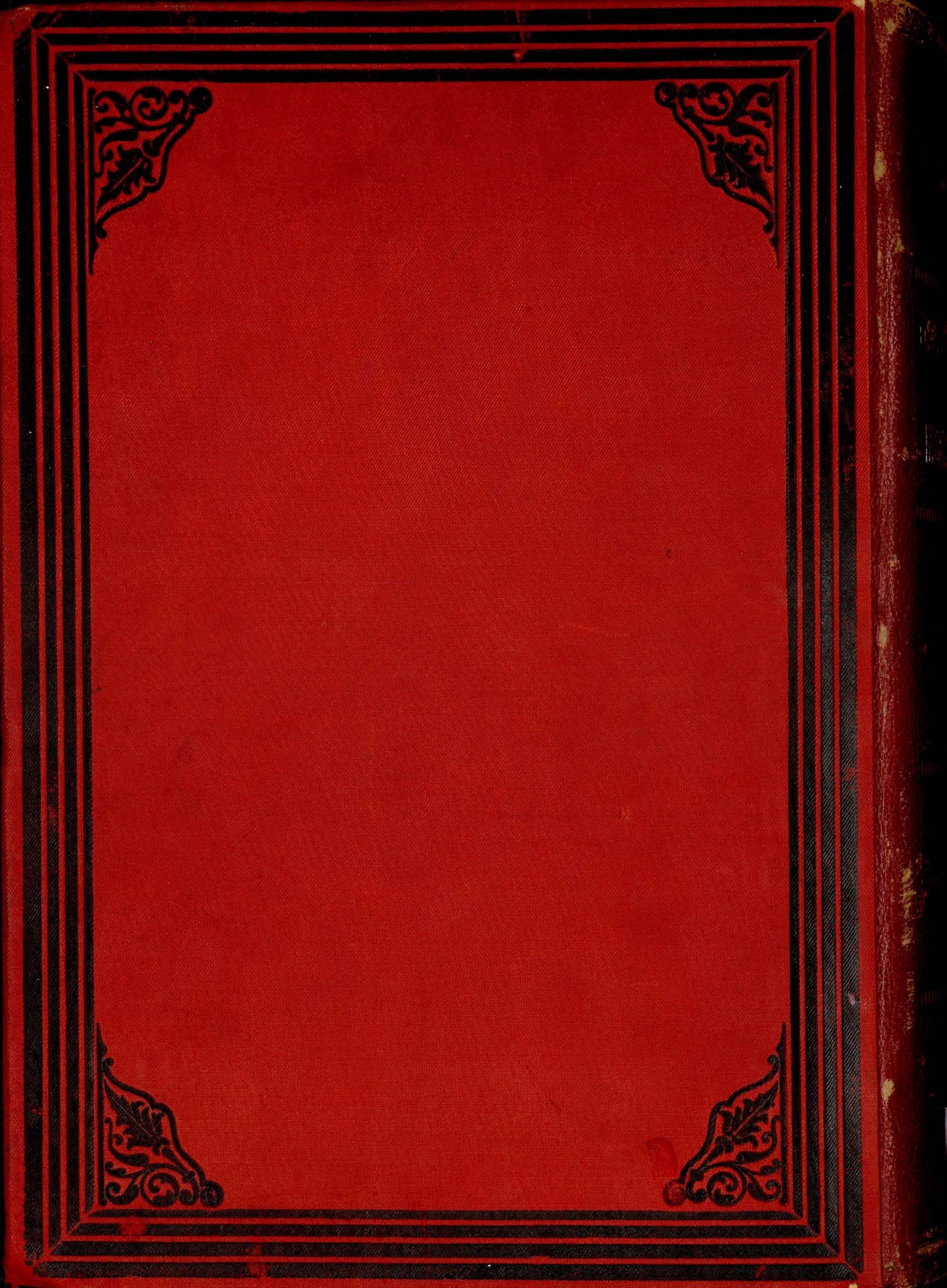
FONDO ANTIGUO

AG-84/1

Bib. Regional





















AG-84/1

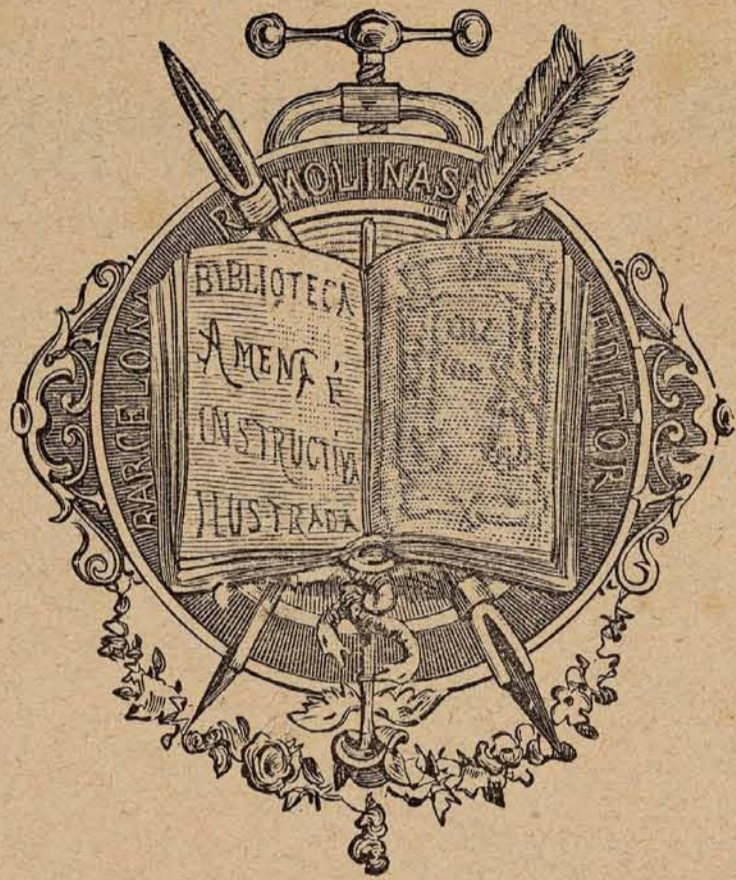
2  
177362

# EL GRITO DE INDEPENDENCIA



TOMO PRIMERO







CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL







# EL GRITO DE INDEPENDENCIA



POR CARLOS MENDOZA

R. MOLINAS, EDITOR, BARCELONA

PORTADA









EL Grito

LA VELA  
DE LA  
INDEPENDENCIA

ELABORADO POR  
CARLOS MENDOZA

Benavente 1890

1890





---

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

---



# PRÓLOGO

## I

### DE MADRID Á LA SIERRA

## I

**D**ABAN las diez de la noche en la torre de Santa Cruz. Si el día había sido uno de los más crudos del invierno de 1806, la noche no desmerecía en punto á nieve y sutil viento. Los escasos faroles que desde los tiempos de Sabatini alumbraban las calles de la villa y corte de Madrid habíanse apagado al soplo del airecillo del Guadarrama; pero la blanca alfombra que tapizaba el pavimento de la capital

—Carmen, buenas noches,—dijo el galán.

—Buenas noches, Fernando,—respondió la aparecida.—Dudaba si vendrías hoy con este tiempo.

—Me urgía verte. Ocurren cosas que yo mismo no me atrevo á creer. Tal vez tenga que partir hoy mismo para no regresar hasta dentro mucho tiempo.

—¿Qué dices? ¡No, por piedad, no te alejes ahora cuando me haces más falta que nunca!—exclamó

—Carmen, buenas noches,—dijo el galán.

—Buenas noches, Fernando,—respondió la apa-

—Dudaba si vendrías hoy con este tiempo.

—Me urgía verte. Ocurren cosas que yo mismo no

me atrevo á creer. Tal vez tenga que partir hoy

mismo para no regresar hasta dentro mucho tiempo.

—¿Qué dices? ¡No, por piedad, no te alejes ahora

cuando me haces más falta que nunca!—exclamó

la con cierta especie de terror.

—¿Más falta que nunca? Habla: ¿qué ocurre?—

—No puedo, no me obligues á que se tiña de ru-

—No puedo, no me obligues á que se tiña de ru-

—No puedo, no me obligues á que se tiña de ru-

**D**ABAN las diez de la noche en la torre de Santa Cruz. Si el día había sido uno de los más crudos del invierno de 1806, la noche no desmerecía en punto á nieve y sutil viento. Los escasos faroles que desde los tiempos de Sabatini alumbraban las calles de la villa y corte de Madrid habíanse apagado al soplo del airecillo del Guadarrama; pero la blanca alfombra que tapizaba el pavimento de la capital prestaba una vaga luz á los pocos transeuntes que se aventuraban á lanzarse fuera de techado con semejante tiempo.

Precisos y muy urgentes debían ser los motivos que tendría un caballero de arrogante porte para dirigirse á cierta casa de la calle de Santa Isabel

## I

—Carmen, buenas noches,—dijo el galán.

—Buenas noches, Fernando,—respondió la apa-

—Dudaba si vendrías hoy con este tiempo.

—Me urgía verte. Ocurren cosas que yo mismo no

me atrevo á creer. Tal vez tenga que partir hoy

mismo para no regresar hasta dentro mucho tiempo.

—¿Qué dices? ¡No, por piedad, no te alejes ahora

cuando me haces más falta que nunca!—exclamó

la niña con cierta especie de terror.

—¿Más falta que nunca? Habla: ¿qué ocurre?—

—No puedo, no me obligues á que se tiña de ru-

—No puedo, no me obligues á que se tiña de ru-

—No puedo, no me obligues á que se tiña de ru-

—No puedo, no me obligues á que se tiña de ru-

—No puedo, no me obligues á que se tiña de ru-



—Pero hoy ha estado aquí, me ha dirigido mil lisonjas, ha dejado costosos regalos...

El joven á quien la cuitada había llamado Fernando la cogió violentamente por una muñeca á través de los hierros de la reja, hasta que la pobre Carmen lanzó un quejido de dolor.

—¡Infamia eterna!—exclamó con voz airada.—¿Y tú?

—Yo me he negado á oírle, he llorado, le he suplicado que no volviese jamás á esta casa.

—¿Conque tu padre lo ha traído aquí? ¡Honrado padre! ¿Y tu madre?

—Ya sabes que mi madre no tiene más voluntad que la de su marido.

—Pero ¿esto he de oír yo? Hay que decidirte al instante. Esta noche misma he de partir para París. O me sigues, ó bien á mi vuelta hago tal escarmiento que tan sólo con pensarlo me espanto yo mismo. No: no respondo yo de nada...

—¿Huir?

—Sin dilación. Precisa el marcharme, y no te puedo dejar aquí.

—¡Fernando!

—Decidete. ¿Acaso te causa horror esta tempestad de nieve? ¡Ah! No es bastante para refrescar el ardor de mi sangre. No más palabras. Sígueme.

—¡Y mis pobres padres!

—¡Tus pobres padres! ¡Qué asco! ¡Gentes capaces de venderte á ese sátiro!

—No me vendían.

—¿Pues qué?

—Me matas queriendo saberlo todo.

—¡Todo!

—Haces que yo misma me deshonoré é infame contando las tramas de los otros.

—Habla.

—Godoy no tiene ninguna intención respecto de mí. Trataba de halagarme para que admitiese el cargo de azafata de la reina.

—¡Tú entre aquellas palaciegas!

—Quería que yo me entregase al príncipe de Asturias.

—¡Cuánto cieno!

—Dijo á mi padre que D. Fernando se había enamorado de mí, que yo le había hecho concebir una pasión violenta, y que de mí dependía convertir al heredero del trono en instrumento de los planes que él abriga.

—¡En verdad que me das compasión! Calla ya. Elige ahora entre esas repugnantes intrigas y mi amor...

—¡No tienes corazón! Mis padres, tan viejecitos, tan prendados de mí, tan confiados en mi cariño, van á morir de vergüenza cuando sepan que he huído contigo.

—¡Vergüenza por huir conmigo! ¡No saben quién soy yo!

—Ese ha sido todo el mal.

—¿Y mi palabra? ¿Y mi situación?

—¡Tienes razón! ¡Qué desgracia la nuestra!

## II

Hubo un momento de silencio.

Oyóse á lo lejos el crujido de la nieve deshaciéndose bajo las pisadas de una ronda de corchetes provistos de linternas.

El galán se ocultó en el hueco de un portal.

La ronda pasó sin reparar en él. Verdad es que los corchetes se ocupaban más en preservarse de la nieve que en vigilar por la seguridad de los vecinos, y andaban medio dormidos.

—Carmen,—exclamó el joven volviendo á la reja,—yo no te puedo dejar aquí. En lugar de pensar en lo que debo, sólo sentiría en mi cabeza el hervidero de los celos, en mi corazón el desasosiego, en mi ser entero la agitación de las sospechas, el terror de lo inesperado. Los asuntos que me llevan fuera de España son de tal importancia que de su buen resultado depende quizás el porvenir de la nación. ¿Cómo quieres que yo pueda cumplir con mis hermanos sin disponer de mi voluntad ni de mis sentidos? Teniéndote á mi lado nada temeré ya por tí. Al salir de Madrid te unirás conmigo como honrada esposa. Tus padres nos perdonarán, y á la vuelta traeremos quizás la dicha para esta nación sin ventura.

—¡Fernando! ¡Me quieres hacer cometer una acción horrible! ¡Piensa en mis padres!

—¡Basta ya! Cuando me juraste amor eterno, ya sabías que podía llegar un día en que yo tuviese que huir, y tú conmigo. Tus padres no corren peligro alguno: los míos, sin mi amparo, sabe Dios lo que estarán pasando. ¡Por estar cerca de ti les he abandonado en medio del peligro, y cuando para conjurar la tormenta que amenaza aumentar los sobre-



saltos de mi corazón te pido que te vengas conmigo, te niegas, prefieres quedarte aquí expuesta á los vergonzosos planes de esa gente de palacio, y me dejas que me vaya solo, roído por el tormento de los celos, de la desconfianza y del solitario destierro! ¡No quiero ya tu amor! Entrégate á quien dé más por ti y deja que siga su loco destino el que por una mirada tuya hubiera arrojado á un muladar los laureles conquistados en los campos de batalla. Deja que éste desdichado vaya á la muerte sin el consuelo de tenerte á su lado.

—¡Fernando!

—Cuando el general Miranda, el patriota venezolano, vencía á los prusianos en Jemmapes y á los vendeanos en Quiberon; cuando el general Miranda lanzaba en su patria el grito de independencia; cuando de todas partes recibía felicitaciones y todos le aclamaban; yo, su hijo, pensaba en mi Carmen. Cuando herido y arrastrándose fué preso por los españoles en Puerto-Cabello y encerrado en el Morro de la Habana, donde aun gime en la horrorosa oscuridad de sus mazmorras, yo, más que en mi padre, pensaba en mi Carmen. Te conocí cuando tenías quince años. Mezclado con el entusiasmo por la revolución francesa, agitábase en mi corazón el amor hacia tu ser. Mucho adoraba yo la libertad, pero más te adoraba á ti. Hoy he de acudir donde el deber me llama, he de prestar un gran servicio á España á cambio de la libertad de mi padre: no puedo excusarlo por tratarse de desbaratar los planes del infame corso que robó á la revolución su fulgurante antorcha. ¿Y me dejarás que vaya solo? ¿Y tú quedarás entregada á las cábalas de Godoy y á los brutales apetitos de Fernando? ¡Oh, Carmen mía! ¡Qué pago me das! ¡Qué poca compasión tienes de quien como yo ha pasado su vida entre el fuego de las batallas, las luchas por la libertad y las persecuciones de los tiranos!

—No me aflijas más, Fernando. Tuya soy. Espera.

### III

Pasó un momento y salió sigilosamente la joven, trémula y angustiada.

—Vamos, y ten ánimo,—murmuró el joven.

Lloraba en silencio la doncella, en tanto que el galán la oprimía con cariño contra su corazón. Así llegaron á la plazuela de Antón Martín, penetrando

en una casa de pobre apariencia. No dejaba ni por un momento de caer espesa nieve.

Subieron una escalera, deteniéndose en el primer piso, y entraron en una habitación alumbrada por un mortecino velón.

—Descansa un momento bien mio, antes de emprender la jornada. Saldremos en posta para Valencia, allí nos embarcaremos para Marsella y estaremos en París á primeros de año. Tengo en Francia buenos amigos, jacobinos amigos de mi padre, compañeros suyos de armas. Trataré de penetrar en los planes del tirano: si es su intención apoderarse del trono de España, contando con la aquiescencia del monarca reinante, proclamaremos la república; si no hay complieidad por parte de los Borbones, les abriremos los ojos para que vivan prevenidos contra las malas artes del emperador; y si no se bastan ellos, ya sabrá bastarse el pueblo por sí solo.

—Tus ideas te harán seguir la suerte de tu padre.

—No lo creas. Tarde ó temprano hemos de vencer. Si á la primera vez no salen bien las cosas, saldrán bien á la segunda. Aquí, en esta misma casa, es donde el compañero de mi padre, el camarada suyo en el levantamiento de Caracas, el mallorquín Picornell, reunió once años hace á los conjurados para proclamar la república. Picornell era un gran corazón. Yo estaba asimismo entre los afiliados. ¡Todo se perdió, pero otro día será!

—¿Y tu padre estaba también?

—No: por entonces seguía mandando una división republicana en Francia. Aunque criollo, adorábanle los valientes de Valmy, Jemmapes y Wissemburgo.

Miranda acabó los preparativos de marcha y se dispuso á salir.

En aquel instante resonaron fuertes aldabonazos en la puerta de la calle.

—¡Misericordia divina!—exclamó Carmen cayendo de rodillas.

—Nada temas,—respondió el joven.—Silencio y déjame hacer.

Fernando Miranda se llevó en brazos á Carmen, bajando calladamente las escaleras y escondiéndose en un hueco detrás del portal.

Ya desde fuera en lugar de llamar echaban la puerta abajo. A los pocos minutos cedieron las dos hojas, y unos cuantos alguaciles se precipitaron escalera arriba.



## IV

Así que hubieron pasado, Miranda cogió á Carmen y se arrojó á la calle.

Anduvo unos cuantos pasos y le salió al encuentro un embozado.

Iba envuelto también en una capa roja.

—¡Libertad!—exclamó el aparecido.

—¡Noventa y dos!—contestó Miranda.—Seguidme.

Los dos hombres y la mujer apretaron el paso en dirección á la plaza Mayor.

Pero, por aprisa que anduvieran, ya les venía en



—Vamos, y ten ánimo,—murmuró el joven.

seguimiento una patrulla, distinta de la ronda que había pasado junto á Miranda en la calle de Santa Isabel.

Entonces corrieron hacia la entrada de la calle de Segovia y desaparecieron como si les hubiese tragado la tierra.

Sonaron algunas detonaciones de los soldados, y la patrulla quedó guardando el extremo de la populosa y empinada vía.

—No me cabe duda,—decía el comandante de la fuerza;—era el hijo de Miranda, el cómplice de Picornell. Esos malditos jacobinos van un día á darnos

una desazón y á proclamar el Terror cuando más tranquilos estemos. Ya me figuro ver á nuestros amados reyes, al señor príncipe de la Paz, al señor Caballero, y hasta á mí, en la plaza de la Cebada, prontos á caer bajo la horrible guillotina. Esos Mirandas son infernales. Ya veis al padre, un vasallo español metido á general de la república francesa (1); y ahora mismo su diabólico cachorro robando á ese lucero, á quien el serenísimo señor príncipe de Asturias quiere como á las niñas de sus ojos. ¿Dón-

(1) Histórico.



de la habrán llevado, Dios santo? A algún antro de republicanos, donde la ultrajarán, la obligarán á emborracharse, á blasfemar y á gritar: «¡Viva la Convención!» ¡Oh! Es horroroso, es inaudito lo que está pasando. Pues ¿y nosotros? Ya podemos prepararnos, pues el señor príncipe de la Paz me ha jurado que así como nos premiaría en grande si cogíamos al mozalbete, nos castigaría atrocemente si le dejábamos escapar. La confianza era buena. A las once en la reja. No estaba, porque hemos ido á las doce, pero la nieve nos ha servido para ir siguiendo las pisadas. ¡Y en qué día se nos escapa, Señor! ¡Precisamente cuando acaba de robar á la niña del señor comandante de los carabineros reales!

—Pero ¿dónde se habrán metido esos demonios?

—Deben pertenecer á alguna sociedad secreta, en cuyas covachas se penetra hundiéndose en la tierra. Han desaparecido por ensalmo.

—Me parece que iban tres.

—El caso es que nos han burlado. Ahora sabe Dios dónde pararán.

La patrulla no vió que los tres fugitivos estaban saliendo de una casa situada cerca de la puerta de Segovia, y otra cosa no vió tampoco, y fué que la famosa puerta segoviana se abrió y les daba paso.

El día encontró á los soldados plantados en el mismo sitio, retirándose cabizbajos y pensativos para que los vendedores de pavos y turrónes que iban á instalarse en la plaza Mayor, como vigilia de Navidad, no se mofaran de la sagacidad de aquellos habilísimos polizontes españoles.

Al enterarse el señor príncipe de la Paz de que el revolucionario Miranda se había llevado á la hija del comandante de su guardia personal, se vió acometido de tal furor que mandó á un castillo al desdichado jefe de la patrulla y á las Chafarinas á los pobres y desventurados soldados que iban á sus órdenes.

## V

Amanecía el día de Navidad cuando entraba en el pueblecillo de Castillejo, pasado Aranjuez, en la carretera de Madrid á Valencia, una silla de posta, ocupada, según dijo el postillón, por dos viajeros delicados de salud. Así debía de ser por cuanto no se abrieron las ventanillas en el rato de parada.

La gente que salía de la misa del gallo quedó mi-

rando con curiosidad el carruaje, procuró entrever quiénes eran los que en tan solemne festividad viajaban con tanta priesa, y concluyó por aburrirse y marcharse á casa á calentarse al amor de la lumbre.

Estaba lluvioso y desapacible por demás el día, no habiéndose derretido aún del todo la nieve que había caído la noche del 23 al 24, por lo cual era intensísimo el frío, ahuyentando á los temerarios que osaban continuar alborotando con las zambombas, no cansados todavía de la algazara de Noche Buena.

Por desgracia, las mulas con que debía cambiarse el tiro no parecía que se encontrasen en disposición de prestar un servicio tan riguroso como el que se exigía de sus escualidas estampas.

Renegaba el postillón, juraba el dueño del parador, soltaban terribles coces los animalitos al tratarse de arrearlos, y el coche continuaba detenido con las mulas ya desenganchadas y sin otras con que se pudiese contar.

Tal tardanza debió llamar la atención de los atribulados viajeros, por cuanto vióse bajar con cautela una de las ventanillas y apareció una varonil cara morena que preguntó lo que ocurría.

El postillón manifestó que las mulas no podían más, y que las que había en el parador no servían.

Nublóse el semblante del viajero y mostró ceñuda expresión.

—¡Mulas á cualquier precio! ¡Si no hay mulas buscadme dos caballos!

El postillón enteró al posadero de lo que el caballero había manifestado.

Este sentiría, sin duda, viva impaciencia ó tal vez laudable devoción, por cuanto bajó del coche y preguntó dónde estaba la iglesia.

Todos los presentes se apresuraron á indicarle el camino de la parroquia donde se venera al inclito San Saturio.

Penetró el viajero en el templo, pero en vez de adorar las sagradas reliquias del invicto patrón del pueblo subióse al campanario.

Miró desde allí afanosamente hacia la carretera de Madrid, y pudo distinguir muy lejos algunos caballos que corrían á escape en dirección al pueblo.

Bajó apresuradamente y volvió donde estaba parado el vehículo.

El posadero manifestó que sólo había podido dar con un caballo y si quería comprarlo.



Sin vacilar aceptólo el viajero, pagó al chalán y fué á abrir la portezuela.

Del coche salió una dama tapada, envuelta en un albornoz de color de grana, color que era también el de la capa del caballero.

Un alazán ensillado relinchaba en el portal del parador.

El joven colocó á su compañera en la silla, montó en seguida también y picó furiosamente al animal.

Al cabo de un momento estaban ya fuera del pueblo los dos misteriosos personajes.

## VI

No parecía curarse mucho de la helada llovizna el caballero, por cuanto se quitó la capa y cubrió con ella á su compañera, que le tenía estrechamente abrazado.

El caballo parecía tener alas, según lo desesperadamente que corría.

Había desaparecido ya en lontananza el pueblo y empezaba á divisarse el campanario de Villasequilla.

—¿Te encuentras, bien, Carmen mía?—preguntó cariñosamente el joven.

—¡Oh, sí!—respondió la niña.

—Tan sólo siento este percance por lo que sufrirás con ese frío, pues por lo demás siempre viajaría como ahora, pudiendo estrecharte sin cesar contra mi corazón.

La enamorada pareja era llevada por el caballo con rapidez vertiginosa.

Al cabo de media hora dijo Miranda:

—Llevamos más de una legua de delantera á los soldados, conozco este país y no dudo que en Quintanar encontraremos buenos caballos y sillas de posta. Estamos libres.

—¿Tenías tú noticias de que te vigilaran y llegarán á traslucir quién eres?

—Nada sospechaba, pero ya supongo ahora quién ha sido el traidor que me ha delatado. Es cierto italiano ó francés, de dudosa procedencia, á quien he visto en el Perú, en Venecia y ahora en Madrid. Hacíase llamar en América Cavalcanti y decía ser de noble familia. Le conocí en Lima, precisamente la misma noche en que ocurrió el suicidio ó asesinato del marqués de Rehinsberg, bizarro general al servicio de España. Iba á embarcarse para Valpa-

raíso y yo llevaba el mismo camino: tenía cara de perverso y criminal. Después le vi en Venecia, donde vivía con su querida, una cantante de peregrina voz y privilegiada belleza. No pareció agradarle mi encuentro, y últimamente, un día que nos topamos en Madrid, hizo como que no me conocía, sin que por mi parte me doliese no cruzar con él la menor palabra. Nadie más que él y tú sabéis que soy Fernando Miranda; nadie más que tú y él sabéis que me están cerradas las fronteras de España por haber sido mi padre general de la república francesa, jefe de la rebelión de Caracas y ser yo enemigo mortal de las monarquías todas, jacobino como dicen, conspirador, francmasón, soñador y ahijado de Maximiliano Robespierre.

—¡Todo antes que mi amante!—murmuró tristemente la niña.

—No me vuelvas loco con esas palabras, Carmen,—prorrumpió diciendo Fernando.—¡Todo antes que tu amante! ¡No te llamo necia porque sólo puedo llamarte hermosa! Me obligarás á decir cosas que sólo en la soledad de este desierto puedo proferir.

—Dímelas, pues, Fernando mío,—dijo zalameramente la niña.

El pobre caballo no podía continuar con el galope á que venía desde Castillejo y se puso al trote corto. No pareció gustarle á Miranda tanta lentitud y le clavó los acicates furiosamente.

—Pues oye, oye lo que quisiera que sólo oyeses tú, sin oírlo yo. Me llamarán mal republicano, mal patriota, mal hijo... ¡pero yo te amo más que á la libertad, más que á la revolución, más que á la patria, más que á mi pobre padre, mártir de su amor á la libertad, á la revolución y á América! ¡Yo te amo, te amo, Carmen mía, hasta el crimen! ¡Yo, no sé cómo me atrevo á decirlo, yo por tí lo dejaré todo, porque te adoro con tal vehemencia que todo se oscurece, se apaga y se disipa ante tu imagen divina!

El caballo iba á escape. Fernando le espoleaba sin compasión.

—¿Sé yo dónde estoy ahora? ¿Sé á qué voy? ¿Sé quién soy siquiera? Te veo y me basta... Siento tus labios junto á los míos y soy feliz. ¡Oh fantasmas! Dicen que he de ir á París, matar á Napoleón, proclamar la república, destronar á Carlos IV, vencer, morir. ¡Mentira todo! Tú eres mi Carmen, soy tuyo, eres mía.





EL CABALLO IBA A ESCAPE







Corría, corría el caballo y no había reparado el jinete que estaban atravesando por la plaza de un pueblo: era la de Villasequilla.

—Yo recuerdo días de triunfo; yo estuve en Valmy con mi padre... Yo llevé á París, á la Convención, el parte de la victoria...; no vi á nadie: no estabas tú. Yo, en Caracas, estuve con Picornell y con mi padre el día de la rebelión; no recuerdo de qué color era la bandera...; no estabas tú. Yo vi como dejaban encerrado á aquel mártir en el Morro de la Habana; yo oí cómo rechinaban los cerrojos, cómo crujían los barrotes y cadenas...; sólo oigo el eco de tu voz. ¿Adónde voy ahora? No lo sé: voy contigo. ¿Me persiguen? ¡Qué me importa! Te beso, te abrazo, puedo ahogarte con mi abrasado aliento.

Otra vez estaban en la carretera. El pobre caballo iba dando tumbos y volteaba.

—¡Carmen mía! ¡Di que me amas!

—¡Fernando! ¡Me muero de amor por ti!

El caballo se detuvo, dió algunos pasos tambaleando y por fin cayó pesadamente al suelo, reventado de correr.

Fernando volvió en sí.

—Aquel pueblo es Villatoba, — dijo. — Haz un esfuerzo para llegar hasta allí. El caballo no ha podido más. ¡Pobre caballo!

## VII

De bracero los dos amantes, apretaron el paso, siguiendo por senderos desde donde se divisaban las casas del cercano pueblo.

El paisaje que atravesaban era triste como las estepas de Rusia. Una llanura inmensa, cubierta de nieve, sin un árbol, con los montes de Toledo á la derecha y el horizonte sin límites á la izquierda.

Oyóse la campana de Villatoba que daba las once.

Púdose ver entonces la gentileza de los dos viajeros. Era ella una joven de unos veinte años, de talle esbelto y voluptuoso; tenía los ojos azules y el cabello rubio; rojos labios, blanca tez, estrecha frente y nariz griega; denotaba su semblante energía y dulzura y era su andar gracioso y vivo. En aquel momento estaban enrojecidas sus mejillas por el ejercicio. Iba envuelta en su albornoz con gallarda desenvoltura y cubría su cabeza una tupida mantilla negra. Andaba erguida, sin denotar miedo ni cansancio.

El joven que iba con ella era alto, atezado, de negros ojos, arrogante figura, audaz mirada, vibrante voz y desembarazado porte. Conociase á la legua que estaba acostumbrado á mandar, á luchar y á sufrir. Había en su fisonomía algo de rebelde y de indómito. Sólo cuando miraba á su amada trocábase en dulzura infinita la expresión ceñuda é imperiosa que habitualmente mostraba.

—El camino es pesado y vas á quedar sin fuerzas, vida mía, — exclamó Fernando. — Por aquí sé que debe haber una mina: si encontrásemos la boca nos esconderíamos dentro, dejando que pasase el piquete que nos va á la zaga, y podríamos caminar más descansados. Vayamos por este lado.

No tardó mucho el aventurero en dar, efectivamente, con el pozo de una mina. Bajábase por una escalera formada por una viga con travesaños, apoyada en la pared.

Fernando bajó el primero, y tras él la joven, y así llegaron sin dificultad hasta el último peldaño.

No se oía rumor alguno. Con las cortas provisiones que había traído consigo Miranda pudieron reparar las fuerzas los dos viajeros y esperar la noche.

## VIII

La mina estaba abandonada desde hacía algunos meses. A haber tenido luz á su disposición, Fernando hubiera buscado algo con que reemplazar su traje para ser menos conocido, contando con que quizás habría quedado por allí cualquier andrajo; pero no juzgó prudente aventurarse á tientas en las intrincadas bóvedas que se abrían en torno de la especie de plazoleta en que se encontraban.

Había oscurecido y disponíanse á subir cuando creyeron oír voces en la escalera. Corrieron á ocultarse entonces en una de las galerías, y amartilló Fernando sus pistolas.

Tres hombres aparecieron sucesivamente.

—¡Gracias á Dios! — exclamó uno de ellos.

—¡Al infierno, querrás decir! — añadió otro.

—¡A nosotros solos! — repuso un tercero.

—¿Dónde has dejado los caballos?

—En la ermita. Los recogeremos cuando nos dejen.

—¡Malditos dragones! ¿A qué vendrían por la carretera?

—No creo que fuese por nosotros. En caso de que-



rer perseguirnos, bien sabían que estábamos en los montes y no en este condenado llano.

—Cuatro hemos dejado tendidos. Por cierto que no sé á qué venía preguntarme que dónde estaba

Carmen, como no cesaba de repetirme en la brega aquel cabo que desparruché.

—Así aprenderán á meterse en lo que no les importa.



Una roja hoguera llenó de claridad aquel antro.

—Pues á mí me ha sabido mal matar á aquel infeliz muchacho. Estoy harto de sangre.

—¡Ea! No seas majadero. Cuando conviene, conviene. Aun no te has encontrado, como yo, en ocho asesinatos.

—Asesinar, nunca. Ahora, sí, como hoy y otras veces, no hay mas remedio que matar... ¡qué le hemos de hacer! Pero de todas maneras lo siento.

—A decir verdad, jamás me salió la cuenta con ninguno de mis golpes. El malvado de Cavalcanti

se ha burlado de mí ahora, en Madrid, haciendo que le ayudase á pinchar á una cómica que había sido su taifa, robándola todo un tesoro en piedras preciosas. Pues el pago fué darme á beber un veneno, que no me mató porque mala yerba nunca muere. Sólo conseguí apoderarme de una sortija de esmeraldas. Y antes, en Lima, un señorón, que creo ha llegado á general, me hizo matar á un marqués sin más premio que dejarme largar de presidio, de donde me sacó para dar el golpe.



—Poca suerte has tenido, en verdad. Pero dejemos eso, porque no podemos perder el tiempo charlando. Los dos dragones que han escapado irán, sin duda, á buscar refuerzo á Aranjuez y van á perseguirnos como á liebres. Despachemos pronto y dispersémonos.

—Está bien. Nos encontraremos el día de Reyes en Fuente el Fresno. Ahora repartamos.

Oyóse el sonido de gran número de monedas y el retintín de varias alhajas.

—¿Conformes?

—Conformes.

—¡Vaya, arriba! Pero antes cambiemos de sayos y de monteras. Esperad, que voy á encender lumbre.

## IX

Una roja hoguera llenó de claridad aquel antro.

Uno de los bandidos entró en una galería y sacó varias prendas, dejando las que traían puestas.

Volvieron á salir y quedaron solos otra vez Fernando y Carmen.

—¡Extraña casualidad!—dijo Miranda.—Espera: me conviene ir á buscar esa ropa.

Registrando por los rincones encontró dos trajes

de labrador manchego, que sin escrúpulo alguno se apropiaron los dos amantes, dejando en cambio los suyos, y se envolvieron en sendas mantas de Palencia. Salieron y se encontraron otra vez en la planicie, sin que se viese sombra humana.

Eran las siete de la noche; la oscuridad, casi completa; el frío, glacial,

Anduvieron largo rato y á las diez llegaron á Corral de Almaguer, donde se hospedaron en una posada fuera del pueblo.

Pasaron la noche con la natural inquietud, y cuando, al romper el alba, iba á satisfacer Miranda el gasto hecho, encontróse, al llevar la mano al bolsillo, con una blasonada sortija de esmeraldas, cuyo emblema no conoció ni pudo descifrar de pronto.

Carmen se encontró, á su vez, poseedora de algunas onzas de oro, una daga y un paquete de cartas.

Salieron los dos amantes en sendas cabalgaduras y emprendieron el camino de Quintanar, á guisa de pacíficos mercaderes de azafrán y esparto.

Detuviéronse á mitad de la jornada en una venta, donde tomaron un ligero refrigerio, y no repararon que el huésped y un gitano allí hospedado se fijaban con particular atención en los trajes que llevaban.

El ventero habló al oído del gitano, y éste fué siguiendo disimuladamente á los disfrazados jóvenes.





## II

# DE LA SIERRA AL MAR

### I

AL mediodía entraban los viajeros en Quintanar de la Orden, hospedándose en el mesón de la *Corza blanca*, situado á la entrada del pueblo. Era un caserón de vastas proporciones, todo de sillería, negro, carcomido. Un ancho portal abovedado daba paso á un patio ocupado por varios carros y galeras. Un pilón en uno de los lados, un pozo de alto brocal en el centro, galerías en los dos pisos y bancos de piedra en torno formaban la decoración interior.

Cuando los dos viajeros penetraron en el patio había al pie de la escalera que conducía á las habitaciones superiores un hombre de mala traza, embozado en una capa parda. Miró con insistencia á los recién llegados y subió luego tras ellos.

Fernando y Carmen se sentaron á la mesa, y luego de haber dado fin á una frugal comida fueron á descansar.

A las tres de la tarde llamaron al posadero y le pidieron mulas ó caballos para seguir su camino, al mismo tiempo que un guía práctico en los senderos y veredas por los que pudiesen acortar las distancias.

El tío Policarpio, que así se llamaba el dueño del mesón, dijo que tenía á disposición de los viajeros cuanto necesitaban y que podían ponerse en marcha al momento.

Acordaron que en vez de ir por Tarancón si-

guiendo la carretera real, tomarían el camino de herradura que conduce á Valencia pasando por el puerto de las Lomas y Cañada del Hoyo y atravesando la sierra de Mira. El plan primitivo de Fernando había sido que sus perseguidores creyeran que iba en dirección á Andalucía, por lo cual emprendió el camino de Aranjuez. No había que temer ya que se le buscara por aquellos vericuetos por donde iban á internarse, pero además les ponía á cubierto de las pesquisas de la policía el cambio de trajes, y sobre todo el completo disfraz de Carmen, convertida de garbosa madrileña en vecino de Miguelturra.

Salieron del mesón y empezaron la subida hacia la sierra de Mira, coronada de nieves. Había cambiado el paisaje y se encontraban en una región montañosa, abrupta, salvaje y áspera, poblada de espesos pinares de majestuosa corpulencia. Las cabalgaduras apenas podían adelantar, detenidas por los chaparros, lentiscos, romeros y mil arbustos que obstruían los senderos.

Hacía dos horas que andaban cuando el guía creyó oportuno manifestarles que no se podía pasar más adelante, por no atreverse á ir á oscuras por tales andurriales y haber proporción de poder albergarse en una ermita poco distante.

No tenía muchas ganas de detenerse Fernando, pero no hubo más remedio que consentir en ello, en



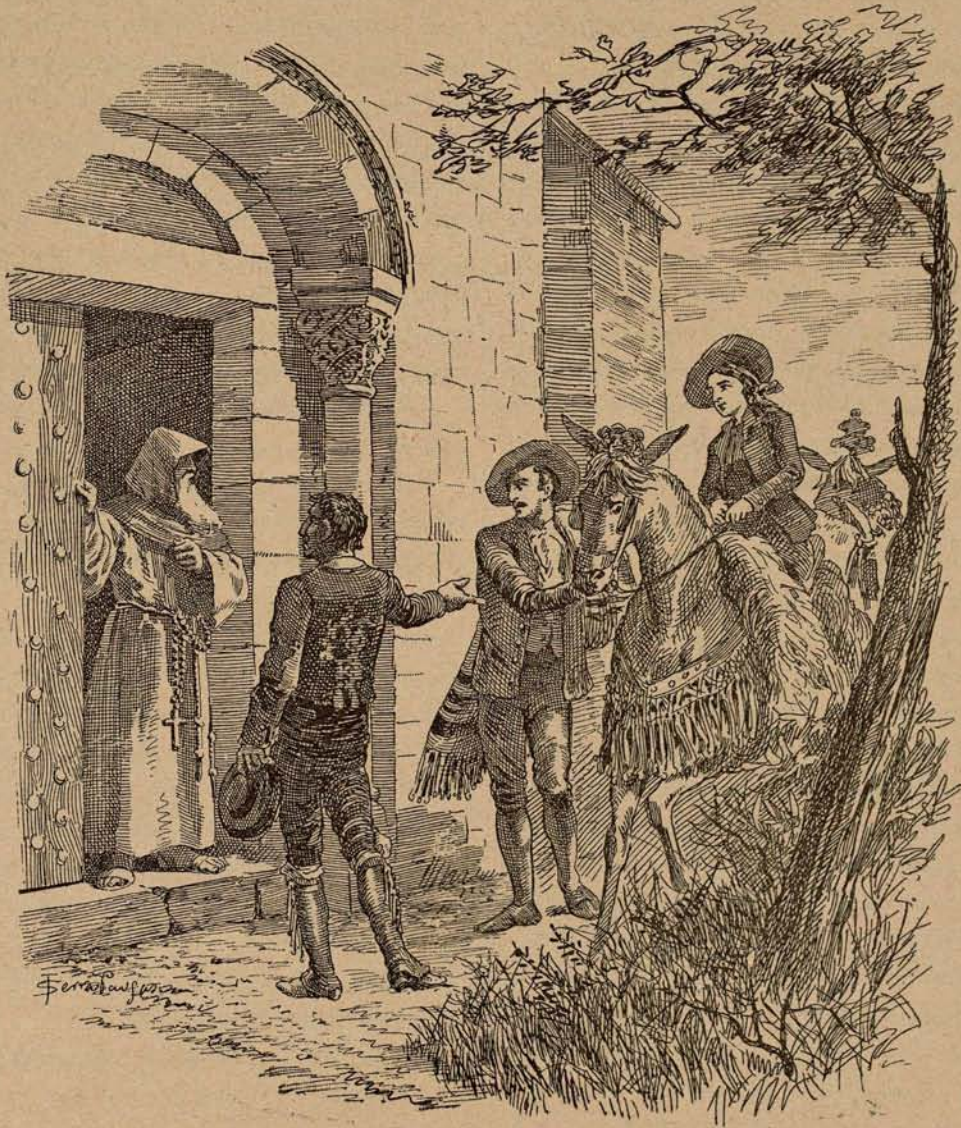
vista de la obstinación manifestada por su conductor en no pasar adelante.

## II

La ermita era una bella construcción bizantina,

bastante bien conservada y de proporciones superiores á las que tienen por lo general semejantes edificios, viéndose en el ábside numerosas saeteras.

Al lado de la capilla, á la que daba ingreso una



... apareció ante los ojos de los viajeros la imponente figura del solitario eremita.

hermosa puerta coronada por un redondo arco y flanqueada por esbeltas columnitas de caprichosos y abultados capiteles, se levantaba un casucha de más reciente fábrica.

El guía llamó, tirando de la cuerda de una campana, y al poco rato se abrió una ventanilla.

—¿Quién va?—preguntó una voz robusta.

—Abrid á unos viajeros que desean pasar la noche en vuestra santa compañía, padre Félix,—respondió el guía.

—Esperen un poco, que bajo al momento,—respondió una voz bronca y desapacible.

Después de un gran rato invertido en quitar barrotes, levantar aldabas, descorrer cadenas y dar vuelta á varias llaves, giró, por fin, sobre sus goznes la pesada puerta, y apareció ante los ojos de los viajeros la imponente figura del solitario eremita.

Erase un hombre que frisaría ya en los sesenta, con una prolongada barba gris, ojos sombreados por pobladísimas cejas, alto, fornido y de buen co-



lor. Iba vestido con el pardo sayal de San Francisco, y apareció con una linterna de rojiza luz, que levantó para darse cuenta de quiénes eran aquellos inesperados huéspedes.

Los viajeros dejaron los mulos en el zaguán y subieron por una escalera de caracol al piso alto.

—¿No queda nada en la alacena, padre Félix?— preguntó en familiar tono el acompañante.

—Mucho queda, Cipriano,—repuso el ermitaño,— ya que es tanta la caridad de esos devotos serranos que todos á porfía se esmeran en proveer á mis escasas necesidades. ¡Ea! Sentaos en buen hora, que nada os habrá de faltar por esta noche.

Encontrábanse en una vasta pieza, cocina y comedor á la vez, en cuyo hogar chisporroteaban gruesos troncos de pino, que exhalaban resinoso y agradable olor, además de prestar al aposento caliente temperatura. Sentáronse en un viejo banco, y el ermitaño se instaló en un sillón de vaqueta, acercando los pies al fuego. Cubría su cabeza el capuchón del hábito, que le ocultaba por completo la frente y casi le tapaba los ojos. Sin embargo, lanzaba de soslayo penetrantes miradas á los viajeros, que por su parte no podían menos de mirarle con cierta curiosidad no exenta de prevención.

—¿Conque van á Valencia esos señores?—exclamó el solitario con tono socarrón.

—No nos llaméis señores, padre,—contestó Fernando;— pues somos humildes trajineros. Vamos, sí, á Valencia á concluir un trato con unos mercaderes de allá que nos compran algo de azafrán.

—Ya,—repuso el ermitaño, pero con tal soflama que no cabía duda en que no había creído una palabra.

—Va mucha gente á Valencia en este tiempo,—replicó el guía con acento zumbón.—No hace mucho fueron también allá unos labradores manchegos que llevaban trajes enteramente iguales á los vuestros, y ¿sabéis quiénes eran? Pues unos terribles bandidos de los montes de Toledo. ¡Dios os libre de topáros con los tales!

### III

Fernando comprendió que los bandidos eran los que le estaban hablando, recordó la conversación que oyó en la mina, y procuró sacar partido de lo que le estaba ocurriendo, sin desconcertarse.

—No creáis que me den cuidado alguno los bandidos,—dijo.—Hay cosas en el mundo peores que ser bandido, y es ser traidor y asesino.

—¿Cómo es eso?—preguntó con interés el ermitaño.

—Suponed que yo tengo una querida, que la exploto, la abandono y vuelvo á ella cuando sé que está otra vez rica. Que la asesino para robarla, que la robo y que trato de envenenar al que me ha ayudado á dar el golpe. Esto es ser más criminal que saquear á los viajeros en mitad de la carretera, exponiéndose el pellejo.

—¿Y sabéis vos que haya pasado nunca eso?—preguntó Cipriano.

—Lo sé tan de cierto como que vos sois un honrado guía y nuestro huésped un santísimo varón.

—Muchas cosas saben los azafraneros,—dijo el padre Félix.

—¡Como que aprenden muchas por el camino!—contestó Fernando.

—Y ¿qué habéis aprendido por el camino vos?—repuso Cipriano.

—Algo que á la verdad nada me importaba saber, pero que al fin y á la postre me ha de servir de mucho,—contestó Fernando con imperturbable sangre fría.

—Tal vez no tanto como os figuráis,—replicó Cipriano dejando entrever amenazadores propósitos.

—¿Qué sabéis vos, señor guía?—contestó con seguro acento Miranda.—Repito que he visto cosas que me convenía conocer.

—Decid, que nos gusta, pardiez, vuestro modo de hablar,—repuso el ermitaño.

—Pues diré. Suponed que uno teme que otro descubra quien es, y que le delata y le hace perseguir.

—¡Execrable acción!—exclamó el solitario penitente.

—Huye el pobre delatado, va en su seguimiento un piquete de dragones, no tiene ropa con que disfrazarse, y es seguro que van á dar con él sabiendo sus señas. ¿Qué cosa más natural que esconderse donde se ofrezca, que cambiar el traje con el que se pueda y que tomar por veredas y atajos donde más fácil sea pasar desapercibido?

—Razón tenéis,—contestó el padre Félix.

—Suponed que el mismo que haya denunciado al fugitivo caballero sea quien haya envenenado al



dueño del traje con que se ha disfrazado: ¿no es natural que uno y otro no se tengan por enemigos, sino que juntos determinen vengarse del infame delator y del mal camarada?

—¡No cabe duda!

—Pues eso es lo que he aprendido por el camino. Hay un tal Cavalcanti que mandó asesinar á su querida y que vió en Madrid á quien le conocía de otras partes. No le convendría la presencia del importante y le persiguió con implacable saña; pero día ha de llegar en que el perseguido sea el perseguidor; y si hay alguien que quiera unirse con el agraviado caballero, yo estoy autorizado para obrar en común con él.

—Yo soy uno,—respondió Cipriano;—pero ante todo hay que hablar claro: yo sé de una sortija de esmeraldas que era de la amante de Cavalcanti.

—Yo la tengo,—contestó Fernando,—y desde ahora os la compro.

—Haréis bien en conservarla por si puede daros luz. La cómica no murió; pero nadie sabe dónde para. Y ahora, ya que nos conocemos, no hay para qué disimular más. ¿Estabais, pues, en la mina cuando bajamos nosotros?

—Sí: tuve que oír lo que hablabais, aun sin ánimos de escuchar. Ahí tenéis la sortija, el oro que encontramos en los bolsillos y esta daga. En cuanto á las cartas, convendría mirarlas.

—Pues mirémoslas. Las encontramos en el equipaje de una condesa que iba de Madrid á Valencia.

#### IV

—Leamos,—dijo Fernando.

«El marqués se dispone á partir en tu busca. Lo tengo todo dispuesto para que no estorbe. Procura explotar á *Nise* todo el tiempo posible, pues no podré favorecerte hasta mi regreso á Madrid.»

—¡Extraño caso!—murmuró Fernando.—Veamos esta otra.

«Está aquí, rica y en vías de figurar en primer lugar en la corte. Puedes hacer tu fortuna con un poco de audacia. Manuel está conforme con lo que le propuse; pero lo principal lo espero del otro. Según noticias, exigirá que salgan de España numerosas tropas y que se me dé un mando en las mismas.»

—¿Esas tenemos?—añadió Miranda.—¿No ha-

brán bastado los regimientos que se encuentran ya en Italia? Pero vaya otra.

«No te encapriches con *Nise*, pues podría trasladarse y costarte caro. Me ha escrito Duroc diciéndome que el señor está furioso contra *aquéllos* y que está decidido á nombrar á Murat ó á su hermano José. No creas nada de cuanto oigas decir á G.»

—¡Estupendas noticias! Sigamos.

«Me es imposible hacer desterrar á los que pretenden descubrirnos el juego. Tu madre es ya dama efectiva de Josefina, y su marido está próximo á la muerte. Tal vez aún será posible casarnos, lo cual vería con mucho gusto el emperador.»

—Va la última:

«Nadie podrá figurarse que hayas sido tú el autor; pero harás bien en no volver hasta dentro un año. Deja en seguida tu nombre actual y toma el de tu madre. Godoy firmará el nombramiento el día de San Carlos. Dile á Berthier que pronto le mandaré el estado que me pide. El cura salió desterrado al día siguiente; pero tampoco hubiera hablado una palabra. El que está que da risa de puro alicaído es el pintor. Procuraré que la ninfa salga pronto de aquí sin que él pueda verla.»

—Por más que me deis la sortija, me harán más falta aún esos papeles,—dijo Miranda á Cipriano.—Claro se ve que se trata solamente de Cavalcanti. ¡Jamás hubiera creído que por tan singular manera pudiese penetrar en sus secretos! Y ¿encontrasteis eso en el equipaje de una condesa?

—Precisamente. Creo que sería extranjera, según el nombre que estaba escrito en los cofres.

—¿Sería su madre? ¿Sería acaso esa condesa de Lacroix que se dijo había venido á Madrid para dar lecciones de modas de París á María Luisa de parte de la emperatriz Josefina?

—Esa misma debe ser, pues encontramos en los cofres riquísimos y extraños vestidos.

—Creo que podemos darle por cogido al Sr. Cavalcanti, ó como quiera que se llame ahora. La mitad de lo que me importa saber lo sé ya: que Napoleón va á sacar tropas de España, que va á echar á Carlos IV y que engaña á Godoy, haciéndole pasar con rodeos. Pero ¿quién será ese personaje que tan enterado está de lo que ocurre en París?

—Pues ¿no veis que es el mismo que me tomó en Lima para dar muerte al marqués de Rehnsberg? Verdad es que no sé quién era ni cómo se llamaba:



sacáronme del presidio, me ví con un desconocido, y luego me embarcaron y me dieron un pasaporte con nombre supuesto.

## V

Apenas había acabado de hablar el bandolero, cuando se oyó rumor de voces y fuertes pisadas de caballos.

—¡La tropa! ¡Corred á esconderos en el subterráneo!—exclamó el ermitaño.

Levantó el padre Félix una losa, entrególes á sus huéspedes la linterna, y bajaron los tres por una escalera de caracol labrada en la piedra viva.

Resonaron culatazos en la puerta, y el ermitaño gritó desde dentro que quién se atrevía á alborotar de tan descomedida manera.

—¡Abrid en nombre del rey!—dijo una voz.

—¡Voy, voy! No hay para qué escandalizar, señores militares.

Bajó á abrir el ermitaño y se vió en presencia de un piquete de dragones.

—¡Decid por vuestra vida dónde están esos traidores!—exclamó el capitán que mandaba la fuerza.

—No hay en este lugar traidor alguno, á no serlo, que no lo es, este indigno siervo de Dios que pasa aquí su vida en rigurosa penitencia pidiendo perdón de sus pasadas culpas y clemencia por las de los otros.

—Déjese de monsergas su reverencia y diga pronto dónde están el infame Miranda y la joven que ha robado á sus afligidos padres.

—No entiendo lo que decís, hermano. Si tanto os importa, buscad vos mismo, que yo no sé que existan en el mundo esas personas de que habláis.

—¿No habéis visto pasar por aquí dos labradores manchegos montados en sendos mulos?

—¡Hablarais claro! Esos sí los he visto; però no sé dónde estarán ahora, aunque han de volver, porque han dejado aquí las caballerías, que están abajo en el zaguán.

—¿Y ellos no están?

—¿No os he dicho ya que no? Pero supongo habrán ido en busca de ese tesoro que dicen hay escondido en cierto lugar del bosque, no lejos de la Fuente de la Sal.

—¡Eh! Callad. No han ido en busca de tesoro alguno.

—Pues registrad la sierra, que no pueden estar muy lejos. Tal vez los encontraréis en la otra ermita, junto al torrente de la Ramera.

—¡Vaya, que están aquí, repito!—exclamó furioso el capitán.—Y ahora os digo que, ó me declararéis dónde se han ocultado, ó vais al punto á ser pasado por las armas.

—Yo no niego que podáis pasarme por las armas; pero no por eso habéis de saber dónde están, porque nada puedo deciros acerca de ellos,—replicó el ermitaño con tono firme.

—Está bien. Preparaos á morir. ¡Soldados: armas! ¡Vos de rodillas!

El penitente, con admirable tranquilidad, se arrojó frente á un piquete de doce granaderos.

—¿Queréis revelar dónde se hallan escondidos?

—No lo sé.

—¡Apunten!

El padre Félix no pestañeó al ver las cañones de los fusiles enfilados hacia su cabeza.

## VI

Pasaron algunos momentos.

—¡Alto! Levantaos,—repuso el capitán.—Estoy convencido de que nada sabéis; pero me convenia no tener duda alguna acerca de su desaparición de este lugar donde han estado. Por lo demás, no debéis extrañar el procedimiento á que he apelado para tomaros declaración, pues es el que suelo emplear cuando se me nombra para algún servicio por el estilo, y nunca he dejado de saber la verdad recurriendo á tales argumentos. Un día se lo recomendé á los señores del Santo Tribunal de la Fe para que lo adoptaran en vez de la tortura, y me prometieron que, así que el Santo Oficio se levante del grado de postración en que hoy se encuentra, se acordarán de mi receta.

—Realmente es eficaz en sumo grado,—dijo el ermitaño.—Pero creo deberíais ya descansar.

—Perdonad; pues antes de hacerlo quisiera registrar estos aposentos, por si se hubiesen ocultado sin saberlo vos.

Inútil fué el trabajo del capitán, aunque no corto.

—Está bien,—dijo, convencido de que sus pesquisas eran vanas.—Nos quedaremos aquí esta noche, y mañana daremos una batida en busca de ese buena pieza. ¡Oh! ¡No sabéis quién es ese Miranda! Un



revolucionario, un filibustero, un rojo, un furioso democratista. Una oreja daría por cogerlo y poderlo ver colgado en la horca de la plaza de la Cebada. Dicen que ha cometido una infinidad de asesinatos, y su última hazaña ha sido robar á la hija del señor comandante de la guardia del príncipe de la Paz, una niña destinada tal vez á que el señor D. Fernando se dignase tomarla por entretenimiento.

—Siendo así, es realmente ese Miranda un perillán que merece ir al palo, señor capitán,—contestó el solitario,—y quedaré rogando al cielo para que pronto podáis dar con él.

—Sí: rezad, buen ermitaño, que el cielo debe hacer mucho caso de varón tan virtuoso como parecéis ser.

—No tratéis de esta manera á quien es tan sólo un miserable pecador. Pero ¿á qué perder así el tiempo? Cenad entretanto, señores. No habrá gran cosa; pero, cuando menos, no os moriréis de sed.

Sacó el padre Félix algunas provisiones, que compartieron entre sí los oficiales, y regaló á los soldados con algunos botijos de vino de Requena, que les supieron á gloria.

—Pasaremos aquí la noche, padre, suplicándoos que nos dispenséis la molestia que podamos causaros. ¡Oh! ¡Qué vida estoy llevando desde la víspera de Nochebuena! No sólo no pude cogerle en Madrid á ese condenado, sino que se nos escabulló entre Huerta y Villatoba, de tal manera, que, sin duda, debió tragarlo el infierno; luego nos echó encima una cuadrilla de bandoleros, que mataron dos dragones é hirieron á dos más, quedando tan sólo ilesos un soldado y yo, y últimamente se nos traspapela por esta intrincada sierra. Pero ¡no se me escapará, no, no, pues tengo empeñada mi palabra con el general Kindeland, que me tiene encargado especialmente este servicio! ¡Ya veis si lo tomaré á pechos cuando no tuve reparo en mandar cuatro dragones y un cabo cuando me tocaría mandar un escuadrón! Hoy sí: llevo una compañía de aguerridos jinetes, capaces de andar tres leguas en una hora. Pero estoy muerto de sueño. Decidme si tenéis por ahí un jergón cualquiera; y si vuelven esos perdidos avisadme al punto. Mañana será otro día.

Todos quedaron dormidos al poco tiempo, mientras velaba el padre Félix.

Llegó el día y apareció radiante el sol, después de una semana de continuas lluvias y nevadas. Despidióse del buen ermitaño el atribulado capitán, y quedó solo en el hogar el padre, que tuvo buen cuidado de volver en seguida á atrancar sólidamente la puerta.

## VII

Salieron del subterráneo los viajeros y devoraron con verdadera hambre lo que habían tenido por conveniente dejar los no menos famélicos comensales que les habían precedido en la mesa.

—A cada momento estaremos expuestos á esas requisas,—dijo el ermitaño.—Vuestros trajes son ya conocidos, lo mismo que las señas particulares. Encuentro difícil la escapatoria, temeraria la salida á los llanos y plagada de inconvenientes la permanencia aquí. ¿Qué haremos?

—Una idea se me ocurre,—dijo Miranda.—Yo sé hablar bien el francés. Finjémonos viajeros de aquel país y dirijámonos tranquilamente desde aquí á Valencia, no por el camino de herradura, sino por la carretera. Volvamos á Quintanar y vistámonos de caballeros, figurando ser acomodados mercaderes. Pero decidnos qué os ha contado el capitán, para ir más guiados.

El ermitaño les refirió minuciosamente la conversacion de la noche antes.

—¡El general Kindeland le dió orden de perseguirme sin tregua!—exclamó Miranda.—¡Oh! ¡Qué idea! No lo echaré en saco roto.

—Si hemos de salir,—replicó Cipriano,—conviene que vaya vuestra reverenda paternidad á dar una vueltecita por el monte para saber qué camino han tomado los soldados. Conque... al avío.

El padre Félix salió.

—Yo entraré en Quintanar,—añadió el bandido,—y vosotros podréis esperar en la venta de la Cruz, donde os traeré los vestidos de caballero. Tomad por la carretera de Valencia y contad que os irá siguiendo alguno de nosotros para avisaros si os amenazase algún peligro por la espalda. Por delante no hay cuidado, pues les llevaréis, á lo menos, tres horas de delantera á los soldados si acaso se les ocurriera volver al camino real.

—Gracias por todo,—camarada,—dijo Miranda.—Aunque, á la verdad, estas cartas me han revelado



la mitad de lo que yo debía averiguar, con todo, tal vez me encuentre con algo que hacer en Francia. Por lo demás, contad con que no cejaré en mi propósito de arreglarle las cuentas á Cavalcanti, y que si no va al palo morirá á mis manos.

Volvió á entrar el ermitaño, manifestando que los soldados se habían dirigido á Requena á buen paso, y que no había que pensar en que quisiesen tomar de nuevo la carretera.

—Aquí dejáis á un pobre protector de los bienaventurados que sufren persecución por la justicia,—dijo dirigiéndose á los dos jóvenes.—Rogad á Dios que me conserve la salud para seguir ejerciendo tan buenas obras y recibid mi paternal bendición.

Despidiéronse los huéspedes del solitario, cuya cabeza, descubierta entonces, expresaba astucia y valor extraordinarios, y emprendieron la vuelta de Quintanar, esperando Miranda y Carmen, en un ventorrillo de la carretera, á que Cipriano les trajese los prometidos trajes.

No tardó en comparecer el bandolero en una buena silla de posta, y, mudándose al punto los vestidos, emprendió la gentil pareja el camino de Valencia.

### VIII

—No puedo quejarme hasta ahora de la suerte,—dijo Miranda,—pues hemos salido en bien de tantas aventuras y he podido descubrir los planes que abriga el emperador respecto á España. Bien mirado, estaremos mejor en París que aquí. Sigamos, pues, nuestro viaje, y confía en que con el tiempo has de ser quizás presidenta de una república.

Nada les ocurrió en el resto del viaje. Embarcaron en Valencia y se dieron á la vela con buen tiempo y viento en popa.

Al pasar por delante las costas de Garraf empezó á soplar un fuerte norte que les obligó á entrar de arribada en el puerto de Barcelona. Era el 15 de enero de 1807.

Duró el huracán todo aquel día y aquella noche; no cesó tampoco en el siguiente, y, aburrido el joven, decidió saltar en tierra para verse con cierto amigo que allí tenía, lo cual verificó al anochecer.

Entró por la puerta del Mar, y al llegar á la plaza de Santa María llamóle la atención un paisano

embozado en una capa roja, de forma parecida á la que él llevaba cuando le vimos en Madrid, el cual salía del templo que en dicha plaza se levanta.

Siguióle Miranda y vió que tomaba por la calle de la Platería, internándose luego en la oscurísima de Basea.

El paisano volvió la cabeza, y al verse seguido de Miranda dió un silbido, á cuya señal comparecieron varios hombres de siniestra facha que rodearon á nuestro conocido.

Acercóse entonces el paisano á su seguidor y preguntóle en castellano:

—¿A qué venís aquí?

—Os seguía,—repuso Miranda,—porque os tomé por un amigo á quien me convenía ver.

—¿Sois acaso...?

Y, diciendo esto, el desconocido hizo una seña con la mano, cogida á la de Miranda.

Este debería ser acaso lo que el otro preguntaba, por cuanto el desconocido hizo una profunda reverencia á su interlocutor.

—Retiraos,—dijo entonces el paisano á los hombres que habían acudido al oír la seña que les había hecho.

Miranda y el paisano cambiaron algunas palabras en voz baja, y el segundo pasó adelante, seguido siempre de nuestro amigo.

Así llegaron á la calle del Paraíso, donde se juntaron nuevamente.

Entraron los dos en una casa de antigua apariencia, y, una vez adentro, llamó el paisano á una sólida puerta, demostrando la manera como golpeó que lo hacía de una manera convenida.

Abrióse el cancel, y Miranda se encontró en un oscuro zaguán, en el cual había como una guardia de varios hombres. Siguiéron por un lóbrego pasadizo, y se encontraron en una sala donde había apostados dos centinelas cubiertos con antifaces, con los cuales cruzó algunos signos el guía de Miranda. Bajaron luego una estrecha escalera, dieron varias vueltas por tortuosos corredores alumbrados por algunas lamparillas que dejaban ver de trecho en trecho haces de hachas, panoplias, cráneos, puñales y niveles, y llegaron, por fin, ante una puerta de hierro que se abrió á un martillazo dado en ella por el desconocido.

Encontróse Miranda en una gran pieza abovedada, de gótica arquitectura. En el testero se veía



una guillotina, con un esqueleto á cada lado, bancos arrimados á las paredes y un túmulo en el centro alumbrado por varios amarillentos blandones. El suelo estaba cubierto de arena y no se veía ventana ni tragaluz alguno.

Todos los bancos estaban ocupados por enmascarados envueltos en rojas capas. En el lienzo opuesto al testero había una mesa cubierta por un paño negro, con un tintero, un reloj de arena y varios papeles.

El acompañante de Fernando se dirigió á la mesa, detrás de la cual había sentados tres hombres con igual atavío que los otros, y anunció que presentaba á la *Reunión de Savonarola* al jefe de la sección *Marat*, establecida en Madrid.

—Vaya á su lugar,—dijo el presidente.

Miranda, acompañado de su introductor, fué á sentarse debajo la cuchilla de la guillotina.

—Continúa el debate,—repuso el que ocupaba el sitio de preferencia.

## IX

Levantóse uno de los presentes y dijo:

—Por extraña que pueda pareceros mi opinión, la tengo por la única acertada. En el estado de de gradación en que se encuentra nuestra patria, sólo con la guerra puede recobrar su dignidad y su honra; de modo que vuelvo á repetir que si alguna cosa deseo con vehemencia es que el emperador siga adelante en sus propósitos de dominación sobre nosotros. Considerad en qué estado de abatimiento yace la nación, juguete de Godoy y de las cortesanas que le rodean; recordad que somos el pueblo calificado del de *Pan y Toros* por un satírico que demuestra conocer muy bien entre quién vive. Sólo con una violenta sacudida puede despertar este país de su aletargamiento, y, por lo tanto, lejos de pretender que el emperador desista de sus locas ideas de agresión, y lejos de querer que sucumba bajo el filo de nuestros puñales, hago votos por que cuanto antes declare la guerra á la Península, y que se le conserve la vida hasta que esta guerra acabe.

Sentóse el orador y tomó la palabra otro afiliado.

—Si declarando la guerra á España,—dijo,—supiésemos que estaba la victoria de nuestra parte,

nada, en efecto, más conveniente para nuestra causa; pero como de cien probabilidades noventa y nueve están á favor de que sucumbiremos en la contienda, no veo qué ventajas puede reportar á la nación el pasar del yugo vergonzoso de Godoy al férreo despotismo de Bonaparte. Evitemos, pues, la guerra: recordemos la fábula de la olla de hierro y la olla de barro, y para procurar la libertad de España empecemos por libertad á Europa de la vida del tirano. Voto, por lo tanto, para que se impida la guerra por medio de la muerte del hombre de Brumario.

Volvió á levantarse el primer orador.

—Nuestras diferencias dependen del distinto modo de considerar el resultado de la guerra. Creéis que Napoleón triunfará fácilmente de España, y os equivocáis. No será cuestión de acabarlo todo con una rápida campaña al estilo de las de Austria ó Italia, sino que será una guerra larga, interminable, que le ocasionará pérdidas inmensas en hombres, dinero y prestigio. No os figuréis que sean las batallas que dé cual las de Austerlitz y Jena, sino una guerra de emboscadas, de partidas, de estratagemas, de resistencia pasiva y tenaz, que consuma sus ejércitos, desacredite sus generales, desangre la Francia, abata el entusiasmo y produzca desconfianzas en el sino hasta ahora tan brillante del emperador. Y esta guerra nuestra la hemos de hacer nosotros, no el rey; antes, al contrario, sería una gran desgracia que el rey figurase para nada en la defensa. Gracias á esta guerra contra España, logremos que Napoleón caiga envuelto en la vergüenza y que la nación á que pertenecemos se haga digna de ser libre, ya que ahora sólo lo ha sido de ser esclava. Busquemos, pues, pretextos para que Napoleón nos hostilice, si acaso los necesita, que no lo creo. Dejemos que llegada la ocasión el pueblo se bata, y acabada la lucha lucirá el sol de la libertad. No nos opongamos á este doloroso medio de la regeneración moral de nuestra patria. Somos republicanos; pero antes que en el triunfo de nuestras doctrinas políticas debemos pensar en la redención de este pueblo, embrutecido por el absolutismo. La guerra será el modo de alcanzarlo: sólo entonces sentirá agitarse su espíritu con la idea de la independencia, con el aguijón de la defensa heroica, con el desprecio á los que á tal situación le han conducido.



## X

Miranda se había levantado.

—Hablad, si queréis,—dijo el presidente.

—Hablaré para noticiaros que tengo pruebas evidentes de que el emperador abriga el designio de declarar en breve esta guerra que decís. Para prepararse á ella saldrán pronto más tropas de la Península, además de las que están en Italia. Contad, por lo tanto, con que, si entran aquí los franceses, lo encontrarán todo desguarnecido y que se correrá peligro de vernos dominados por el invasor.

—Sobraré la energía de la nación si no le sirven de rémora las torpezas de sus reyes. Por consiguiente, si los Borbones se meten demasiado en la contienda, convendrá mandarles á América ó hacer de manera que no estorben. ¡Ah! ¡Yo me figuro qué glorioso espectáculo no sería el de la nación en masa alzándose como un solo hombre contra el francés! ¡Yo me figuro lo que sería ver á los catalanes, á los valencianos, á los gallegos, á los castellanos, luchar cada uno en su provincia, resistir al opresor como quien defiende su propia morada, desesperarle con la obstinación aragonesa, aterrarle con la fiereza catalana, cansarle con la tenacidad gallega, apurarle con la sobriedad castellana, vencerle con la temeridad española! ¡Gran cosa sería ver correr la sangre del tirano; pero preferiría aún más ver su mejilla enrojecida con las bofetadas de España!

—Preparaos, pues,—dijo Miranda,—porque la guerra está más próxima de lo que tal vez creéis, hasta el punto de que Napoleón tiene dispuesto el nuevo amo, que será Joaquín Murat ó el actual rey de las dos Sicilias. Por lo demás, siento que no seáis de parecer que urge la muerte del tirano, porque Europa se libraría de un monstruo que la oprime y la revolución quedaría vengada del crimen de Brumario.

—Y ¿con quién contáis para dar muerte al tirano?—replicó el primer orador.—¿Fiáis acaso del auxilio que puede prestarnos el moribundo partido jacobino? Ved á sus principales jefes desacreditados ó vendidos al emperador. Ved á Santerre inmobilizado; á Brune, á Lannes, á Massena, convertidos en mariscales del imperio. Ved á Fouché ministro. Ved á los demás viviendo de las limosnas del empe-

rador ó bien ocupados en ridículas intentonas. ¿De qué serviría hoy deshacernos del emperador si no fuese para facilitar la vuelta de los Borbones? ¡Ah! No: creedme. La libertad ha de venirle á la Francia, no con la muerte, sino con el desprestigio de Bonaparte. La libertad ha de implantarse en España, no por el buen querer del extranjero, sino haciendo que el pueblo tenga su 89 por medio de una guerra en defensa de su independencia. ¡Viva, pues, la guerra! ¡Viva la hora en que Napoleón invada el territorio español, porque ésta será la señal de un levantamiento que hará las veces de una revolución!

—Así sea, y ojalá no os equivoquéis,—dijo Miranda.—Contad, empero, con que el emperador tiene á su sueldo algunos generales españoles, entre ellos uno que tendrá mando en la primera expedición que salga de la Península. Hablo del general Kindeland. Contad también con que la gente oficial no verá con buenos ojos y hasta impedirá que el pueblo haga suya la defensa de la patria. Considerad que gran parte de la nobleza idolatra al usurpador, y preferirá la dominación extranjera á la victoria popular.

—Queda el pueblo para todo: dejadle hacer,—interrumpió diciendo un aliado.

—¿La asamblea toma alguna decisión?—preguntó el presidente.—¿Opina la sección que debe trabajarse en favor de la guerra ó bien procurar la paz á todo trance?

—Por mi parte, creo que ha de trabajarse por que estalle la guerra, preparándonos desde ahora,—dijo uno de los secretarios.

Los reunidos asintieron á lo expresado, menos el orador que había replicado al principio. Miranda quedó algo contrariado y pidió otra vez la palabra.

—Asuntos particulares me llevan á París,—dijo.—Yo os enteraré de lo que se está urdiendo contra España. Soy republicano, pero patriota ante todo. En cuanto á los planes de regicidio, no os he de decir á vosotros si se llevarán ó no á cabo, pues pertenezco á otra sociedad que opina de diferente modo que ésta y aspira á otros ideales. Con todo, disponed de mí. Mi amigo Lladó os dirá dónde estaré.

En este instante resonó una campanada en lo alto de la guillotina.

—¡Nos han sorprendido!—exclamó el presidente.—¡Abajo todos!



## XI

Levantaron una losa y fueron bajando por una rampa todos los conjurados, quedando perfectamente cerrada tras del último que bajó. Oyóse el ruido de puertas que caían sucesivamente derribadas, hasta que, por fin, penetró en el salón un fuerte piquete de mozos de la Escuadra.

—¡Se habrán escabullido por los aires! —exclamó uno.

—No: por los aires no: no hay ventana ni balcón alguno.

—Pues se los habrá tragado el infierno.

—Todos son demonios, y allí deben venir.

Los invasores fueron examinando con asombro los muebles de la sala, y se fijaron en la guillotina.

Por de pronto no comprendieron lo que era aquella máquina; pero el subcabo que los mandaba, y que había visto varias estampas representando la ejecución de Luis XVI, exclamó en tono terrorífico:

—¡Mozos! Ahí tenéis la guillotina.

Todos dieron un paso atrás, no por falta de valor, sino por el espanto que producía en aquella época la fatídica palabra que acababa de pronunciar el subcabo.

—¡La guillotina! —respondieron todos.

—Hé ahí lo que se propondrían esos francmasones: cortarnos á todos la cabeza, empezando por el rey, la reina y el señor príncipe de la Paz, hasta acabar con las clases acomodadas del país.

—¡Eso es la guillotina! —continuaron diciendo los mozos. Y se fueron acercando al terrible aparato que en Francia segó tantas cabezas.

Poco á poco les fueron, sin embargo, entrando ganas de comprender su mecanismo, y la hicieron funcionar hasta quedar convencidos de las innegables ventajas que reunía sobre los demás suplicios, horca, garrote vil, decapitación con el hacha, fusilamiento, descuartizamiento, quema, etc., etc., etc. No hablaron de la cícuta ateniense, de la crucifixión romana, de la lapidación, del enterramiento en vida, de la submersión, etc., etc., por no poseer la erudición necesaria acerca de los diferentes linajes de suplicios.

Ello es que tomaron la cosa á juego y empezaron á hacer subir y bajar la cuchilla hasta entusiasmarse con la diversión.

—¡Eh! —exclamó el jefe. —¿Estamos aquí para aprender á guillotinar ó para perseguir francmasones? ¡Al avío!

Registráronlo todo; pero los sabuesos no consiguieron dar con la trampa, y volviéronse entre alegres y contentos hablando de la guillotina.

Un escrúpulo de conciencia obligó, sin duda, al buen rey Fernando á no admitirla en los reinos de España del 14 al 20 y del 23 al 33, á pesar de haberse copiado servilmente en dichas épocas absolutistas los procedimientos de los terroristas del 93. La reacción fernandista no tuvo siquiera el mérito de la originalidad, limitándose las comisiones de purificación á parodiar los altos hechos y memorables hazañas de los comités de salvación pública.

## XII

Los conjurados se habían librado de buena con no caer en manos de los mozos de la Escuadra.

Todos pudieron escapar sanos y salvos, saliendo por distintas casas de las calles de San Severo y Santa Eulalia.

Como acostumbrados á semejantes lances, no hablaron de él una palabra ni Miranda ni el desconocido que le había servido de introductor.

Era éste un coronel de infantería tenido por muy leal y devoto, el cual, para no llamar la atención de los centinelas de la Capitania General (entonces establecida en el llamado *Palacio Real*), se colaba en Santa María del Mar, gracias á la comunicación que existía entre el palacio y el templo, paso aprovechado años después por los matadores del desventurado general Bassa.

La primera cosa, pues, que el coronel Lladó le dijo á Miranda al respirar el aire libre fué esto:

—Creo también, amigo mío, que será un beneficio para España encontrarse en guerra. Así renacerán sus amortiguadas energías.

—Pero si la familia real no nos abandona, todo será perdido para los fines que perseguimos,—replicó el exaltado americano.

—Pues hacer lo que se pueda para que se vaya. Desunidos como están padres é hijo, no ha de ser difícil ahuyentarlos.

—También estoy en eso,—contestó Miranda.—Lejos de aquí los reyes, el triunfo de la libertad es un hecho asegurado.



—¿Y si la monarquía se consolida?

—Entonces nos queda la América para establecer allí la república.

—¡Jamás!—repuso el coronel.—Soy, ante todo, amante de la integridad de la patria.

—Es que no os pido que nos ayudéis,—contestó con cierta arrogancia el joven;—pero no por eso hemos de dejar de ser buenos amigos.

Separáronse los dos conmlitones: Miranda se dirigió á bordo, embarcándose en la *Riba*, y el coronel Lladó quedó mirando como se alejaba su amigo.

Al llegar á mitad de la bahía cruzó con la del joven una lancha en la cual iba una mujer, que se levantó al pasar Miranda, sin que éste pudiera reconocerla en la oscuridad de la noche.

## XIII

Había amainado el viento.

El bote se iba aproximando á la farola.

De pronto Miranda creyó perder el sentido: el barco á que se dirigía había desaparecido.

—¡Necio de mí!—exclamó.—¡Ella era la que iba en la lancha que se ha cruzado con ésta! ¡Ira de Dios! ¡Vira en redondo, patrón! ¡A tierra!

El bote viró y hendió las aguas como una exhalación.

Al poco rato alcanzaron á la lancha en que iba la mujer.

Las dos embarcaciones atracaron al mismo tiempo.

La mujer saltó en tierra, sujetada por dos hombres que se la llevaron en un coche.

Miranda se lanzó en pos de ellos, sin ver que los mozos de la Escuadra ocupaban el desembarcadero.

Así que puso un pie en la escalera, un jefe de infantería española, envuelto en una lujosa capa blanca, exclamó con voz altanera:

—¡Preddedle: ése es Miranda!

Pero nadie se atrevió á hacerlo.

—¡Preddedle!—repitió con airado acento la voz del jefe.

—¡Acércate si te atreves, Cavalcanti!—exclamó Miranda.—¡Acércate, asesino y ladrón de tus amantes, verdugo de ancianos, bandido de fortunas, hijo bastardo, traidor!

Pero, con asombro de los mozos, el jefe de infantería desapareció de la escena.

—¿Qué hacemos?—preguntaron entre sí.

—Prenderlo: ésta es la orden,—exclamó el subcabo.

Miranda tenía, sin embargo, en cada mano una pistola amartillada y amenazaba dejar sin vida al que se le acercase.

El rumor promovido llamó la atención del centinela de la puerta del Mar, y al poco rato se adelantó la guardia hacia el sitio de la ocurrencia al mando de un teniente del regimiento de la Princesa.

—¿Tú por aquí, Miranda?—le preguntó afectuosamente.

—¡Qué fortuna la de encontrarte, Espinosa!—contestó éste.

—Espera: voy á ver qué es esto,—repuso el oficial.—No estés inquieto respecto á Carmen,—añadió;—su padre está aquí, y á él la entregarán.

El teniente se dirigió al subcabo, y después de una acalorada discusión quedóse en que el primero se encargaría de llevar el preso á la Ciudadela.

Miranda siguió silenciosamente al piquete.

Al llegar frente á la Aduana quedó sorprendido Miranda al ver á su lado al coronel Lladó, que le dijo:

—Si traéis encima algo que pueda comprometeros, procurad deshaceros de ello, pues os registrarán así que entréis.

El preso se acordó de que llevaba en la cartera las misteriosas cartas leídas en la ermita de la Sierra de Mira, y las entregó á su amigo.

—Tomad: guardadme eso,—exclamó.—Son cartas que comprometen gravemente á ciertos personajes.

—Habéis hecho bien en quitáoslas de encima,—respondió Lladó.—Si ese personaje es influyente podrían haberos costado la vida. Ahora estáis seguros vos y ellas.

—Al hablar de personajes me refería al general Kindeland y al comandante Cavalcanti, uno que ha huído cuando le he provocado.

—¡Kindeland!—repuso Lladó.—¡Si es ahora el gobernador de la Ciudadela! Pero ese á quien me han dicho habéis llamado no sé cuántas cosas no se llama Cavalcanti, sino Dupuy.

—Habrá cambiado el nombre,—replicó el prisionero.—Pero ya estamos cerca. Retiraos, amigo mío.



Guardad las cartas hasta que yo os las reclame, y tened por cierto que me escaparé de un modo ú otro.

—Ya veremos que nada tengáis que temer sobre eso,—respondió Lladó.—Estaremos á la mira de todo. Bien sabéis que soy amigo vuestro.

—Lo sé, coronel,—contestó Miranda estrechándole la mano.

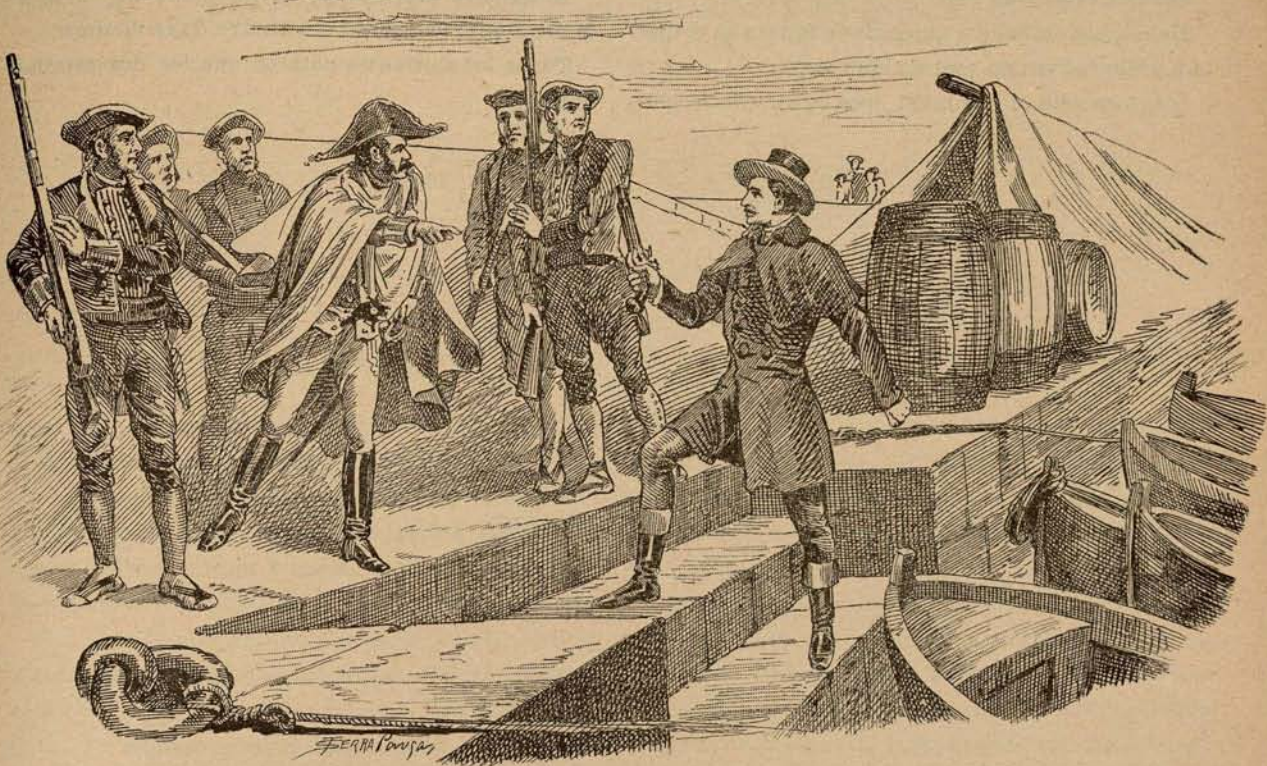
El piquete entró en la ciudadela.

El preso fué encerrado en la torre edificada por Felipe V.

## XIV

Pasaron tres días.

Kindeland recibió una carta, firmada por *Un es-*



¡Prendele: ése es Miranda

pañol leal, pidiéndole la libertad de Miranda, so pena de hacer públicas ciertas interesantes revelaciones respecto á unos misteriosos asesinatos perpetrados en Méjico y Madrid, amén de ciertos estados prometidos á Berthier.

Al día siguiente Miranda era puesto en libertad, con grande admiración de los mozos de la Escuadra. Kindeland dimitió su cargo y no se habló de otra cosa durante alguna semana.

Luego se supo que había estado en París con el comandante Dupuy.

Miranda creyó deber atribuir su libertad al coronel Lladó; pero éste rehusó toda explicación y se

contentó sólo con devolver las cartas á su amigo.

El hijo del general republicano fué á París y adquirió el convencimiento de que Napoleón tramaba una grande iniquidad contra España.

Y supo que Kindeland y Dupuy estaban en el negocio.

Recibió contraorden respecto á los proyectos de regicidio y volvió á Madrid, donde pudo enterar minuciosamente á sus amigos de todos los planes de Bonaparte, sin hablar, empero, de Kindeland ni de su digno acólito.

Carmen estaba encerrada en un convento de franciscanos; pero como nada había seguro para Mi-



randa, la vió y le escribió cuantas veces quiso.

Una vez encontró en Madrid á Cipriano, el bandolero de los montes de Toledo, que gozaba de una suculenta breva como individuo de la policía de Godoy. Por él supo que el padre Félix había sido injustamente ahorcado como encubridor de malhechores.

Lladó y Miranda se veían con frecuencia en Madrid.

España estaba en paz.

Había, sin embargo, quien nada ignoraba respecto á preparativos en sentido contrario.

Llegó en esto el Carnaval, que aquel año se cele-

bró en la corte con grande algazara; pero la anterior animación trocóse en estupor y espanto al aparecer asesinado el coronel Lladó, la noche del martes, detrás del palacio de Buenavista, y saberse que Miranda había desaparecido.

La justicia divina era la única que podía castigar los horrendos crímenes cuyas pruebas todas acababan de reunir aquel mismo día el desdichado coronel y el audaz aventurero.

El general Kindeland, acompañado de su ayudante Dupuy, presidió el entierro de la víctima.

Todos los asistentes notaron que los dos estaban lívidos.

FIN DEL PRÓLOGO